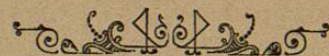


Seminario en el año escolar que hoy finaliza, lo hace dando infinitas gracias al Todopoderoso por los beneficios que le ha impartido, y le ruega se digne seguirlo bendiciendo en adelante á fin de que pueda prosperar para gloria de su Magestad divina, y para bien de la juventud, la más querida esperanza de la Iglesia y de la Patria.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR

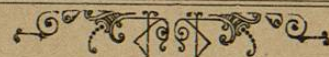
EL SEÑOR CATEDRÁTICO DE LATÍN

Pbro. D. Marino de Jesús Correa,

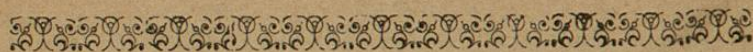
en la Exposición

*de los artefactos elaborados por los alumnos
del Seminario Conciliar de León,*

que se efectuó en la mañana del día 27 de Agosto de 1897.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez




¡Infeliz, diga lo que quiera, del que separa lo bello de lo bueno, y hace de la literatura, no un apostolado social, sino un instrumento de seducciones impudicas ó de alabanzas venales!

César Cantú.

ILMO. SEÑOR.

SEÑORES:

IEZ y nueve siglos hace que el Cristianismo erigido en sistema único y legítimo de enseñanza y educación religiosa por el Hijo de Dios, entre las contradicciones y horrores del Calvario, ha estado derramando con inagotable y maravillosa profusión sobre todas las naciones de la tierra la fecundante savia de sus doctrinas.

Por todas partes la inteligencia humana oportuna y suficientemente alimentada con el pasto saludable de la verdad, que entrañan las teorías cristianas, y sabiamente dirigida en el curso de sus empresas por la claridad y firmeza de los principios divinos, que á manera de luminosos focos aparecieron sobre el nublado horizonte del mundo, cuando las generaciones todas estaban á punto de perecer envueltas en el torbellino de la iniquidad y del error; ha dado pruebas innumerables y variadas de

la eficacia de su fuerza creadora, y evidenciado de una manera incontrastable con el prodigioso caudal de sus obras intelectuales y trabajos artísticos la influencia y el poderoso ascendiente que la idea cristiana ha ejercido constantemente en el desarrollo y perfeccionamiento de las producciones humanas, fluctuando siempre sobre las olas de todas las tempestades sociales, y recorriendo en noche oscura los incalculables y lóbregos vacíos, que la falta de los conocimientos celestiales dejara en las creaciones literarias de la razón con menoscabo de la verdad y de la estructura misma de sus trabajos.

Los pueblos todos, comprendiendo que los pálidos reflejos de la luz natural por sí solos no eran suficientes para llenar las exigencias del entendimiento y aspiraciones del corazón, no se consideraron felices ni florecientes, sino hasta que vieron iluminadas sus obras con la luz indeficiente del cristianismo; y hasta que las maravillosas doctrinas de Jesucristo, extendido como un gran libro sobre la Cruz, brillando, como misteriosa antorcha, en todos los ámbitos del mundo, perfeccionaron las producciones del ingenio humano y las engrandecieron elevándolas á tanto grado de esplendor y de belleza que en vano se buscará en las mejores y más celebradas obras de la antigüedad. Es cierto que no han faltado apologistas del error y de la mentira que con cínico aplomo y desmedida falta de juicio se han atrevido á protestar contra las enseñanzas cristianas, considerándolas como una rémora para el desarrollo de las ciencias y mejoramiento de las bellas artes; mas no sin injusticia, porque si en algunos pueblos tanto estas como aquellas han sido mejoradas y enaltecidas, es cabalmente en aquellos donde por largo tiempo han dominado las ideas y los sentimientos cristianos. En los delirios de su imaginación calenturienta y malamente prevenida contra

la más noble y grandiosa de las instituciones divinas no se avergüenzan de repetir hasta el fastidio esos propagadores audaces del mal que: "en vez de conducir á los hombres al estudio de la naturaleza, de la moral, de la legislación y de la política, el cristianismo los ocupa exclusivamente en las frívolas disputas de religión;" que en vez de civilizar á los pueblos y llevarlos por las vías del progreso al engrandecimiento y felicidad positiva, enerva sus facultades intelectivas y rebaja el mérito de sus obras literarias y artísticas, si no es que eclipsa por completo el resplandor de la literatura y del arte griegos y romanos que se glorían de presentar al mundo de las inteligencias como los modelos más acabados de lo sublime, maravilloso y de lo bello.

Nosotros sin embargo no caminando de acuerdo con tan infundadas y mezquinas apreciaciones, y estando por otra parte plenamente convencidos de que á la luz de los principios divinos, no solo las ciencias, sino también las bellas artes, han renacido de sus cenizas y levantándose en alas del genio cristiano á su mayor altura; á muy alta gloria tendríamos hacer la apología de las enseñanzas cristianas, no ciertamente en todas sus relaciones con la institución y engrandecimiento de las sociedades modernas, porque esto sin duda superará á los esfuerzos de nuestra escasa inteligencia, sino tan solo en lo que mira al desarrollo y mejoramiento de la poesía, que, como la arquitectura, la pintura y la música, muy poco ostentaba de bello en sus formas, cuando en el fondo de sus composiciones no ocupaban un lugar preferente los ideales y principios cristianos.

Bien conozco que en el curso de los estudios de nuestro amado Seminario no se enseña exprofeso á los jóvenes que frecuentan sus aulas, á cultivar esa parte de la literatura que por el esmerado adorno de sus conceptos y especial galanura de estilo, está

llamada á despertar en el corazón humano sentimientos más ó menos nobles y grandiosos, hiriendo las fibras del alma con más delicada y penetrante actividad, ora inundándola en las contemplaciones de lo infinito, ora engolfándola en los pestilentes lodazales de la sensualidad.

Mas esta inculpable y aparente omisión no me parece ser motivo suficiente para que, en esta vez que mi acendrado amor á los intereses de la causa cristiana me ha estrechado á admitir contra mis convicciones de natural insuficiencia, el espinoso y delicado encargo de amenizar con el desafinado eco de mis palabras la fiesta con que nuestro católico plantel festeja en el presente año, los adelantos artísticos de sus jóvenes alumnos; deje de ponderar ante vosotros las bellezas de la Poesía alumbrada y dirigida en su marcha siempre creciente por el espíritu cristiano.

Arduo es en efecto y no poco difícil el desarrollo de la materia que me he propuesto tratar en obsequio de la enseñanza cristiana, tan injusta y tan neciamente calumniada por los propagandistas del error y de la maldad, en esta época de vértigo y desquiciamiento social, bajo el concepto de que la reconocida ilustración y benevolencia de los Maestros y Custodios de la verdad en Israel y demás honorables personas que me escuchan, concediéndome su atención y perdonando la carencia de las formas del lenguaje en gracia de la importancia de las doctrinas, suplirá del todo la deficiencia de mis palabras, únicamente encaminadas á la propagación y sostenimiento de los principios cristianos, de cuya enseñanza y acertada práctica depende la felicidad y el verdadero engrandecimiento de las naciones.

Si el objeto formal de la Poesía fuera tan solo establecer las reglas y sancionar los preceptos para la elegante y ordenada estructura del verso, con al-

gún fundamento podría sostenerse que de ningún modo había cooperado el genio cristiano á la creación del arte por esencia de las representaciones y semejanzas; porque nacida en el gentilismo, cuando los ideales y sentimientos cristianos aun no eran general y explícitamente conocidos en el mundo, y alumbrada en sus comienzos por solo los fulgores de la razón, la forma de sus composiciones, además de estar limitada á cierto orden y número de sílabas, llamada pie, no carecía de gracia y esplendor, que es ciertamente lo que, explicando sus cualidades naturales la da derecho á que se la compute entre las bellas artes. Pero no, señores, la naturaleza de este arte tan ambicionado exige también que los efectos de su actividad se extiendan más allá de la mera reglamentación de sus materias, que la magestad y abundancia de sus metáforas y armonioso colorido de sus representaciones vayan encaminadas á despertar en las almas sentimientos de placer, que sin arrastrarlas por el fango de la sensualidad las llevan al conocimiento de la verdad y santo goce de la belleza. Y por eso nosotros, entusiastas admiradores del talento y del genio, donde quiera que la pobreza de nuestro entendimiento descubriera las huellas de suglorioso tránsito por los amenos campos de la literatura, con ingenuidad y particular satisfacción honraríamos la memoria ilustre de los antiguos vates, ponderando las excelencias de sus trabajos literarios y artísticos en presencia de los maestros del saber, que á la par de los jóvenes que ansiosos anhelan ceñir sus frentes con los lauros de la inmortalidad, nos dispensan su atención, si en el curso de nuestra larga vida de estudiantes no hubiéramos notado las densas nubes, que si no opacan por completo las bellezas artísticas, que á manera de astros errantes cintilan en algunos de sus poemas, por lo menos las hacen pa-

lidecer mucho, cuando se las pone enfrente de las bellezas producidas al calor del espíritu del cristianismo.

¡Aseveraciones, al parecer, exageradas, cuando no enteramente ajenas de la verdad! Porque ¿cómo inculpar de ignorancia, ó á lo menos de ligereza á tantos genios que con frecuencia nos regalan con la suavidad y acompasada estructura de sus composiciones literarias? ¿Cómo desconocer por unos cuantos lunares la grandeza y el brillo de las formas, que á largas distancias se descubren en los clásicos que ordinariamente se nos objetan como los mejores modelos de literatura poética? Muy audaz y temerario sería sin duda quien intentara tanta profanación! Mas nó, señores, permitidme que os diga con la mano en el corazón y el cuello erguido que en esas rosas dispersas se ocultan crueles espinas, que son muy ponzoñosos los placeres que, á cambio de la muerte del alma, nos propinan esas efímeras coronas, de donde sale siempre la Serpiente infernal que causa en los corazones poco precavidos profundas y mortales heridas, que esos poemas donde no se encuentran otras cosas, como dice el célebre Manzoni, que «ideas falsas de la virtud y del vicio, ideas falsas, inexactas, exageradas, contradictorias, insuficientes sobre los bienes y los males,» y cuyas brillantes cualidades no eran propias, en concepto del águila de Meaux, mas que para "añadir una seducción peligrosa á los encantos de un culto que solo hablaba á los sentidos, de una religión que no presentaba á la adoración de los pueblos mas que cuadros voluptuosos, recuerdos culpables y grandes escándalos," no pueden acojerse con agrado, ni pueden estimarse en todo su valor las pocas verdades que, como piedras preciosas abandonadas en un estercolero, apenas lucen en medio de tantas ficciones y mentiras, en que abun-

dan las obras apasionadas, obscenas y peligrosas bajo todos aspectos para las costumbres, de la mayor parte de los antiguos poetas, sin exceptuarse de este número Terencio ni el mismo Virgilio, á juicio del sabio y piadoso Jesuita Possevin; ni mucho menos apropiárseles los significativos y grandiosos epítetos de bellos y superiores á los poemas cristianos.

No, señores, no hagamos causa común con los panegiristas y patronos del error, no llamemos bellas las quimeras de la razón, no enalcemos los delirios y fábulas del paganismo con detrimento del buen sentido. La Poética, es cierto, llegó á muy alto grado de esplendor entre los Griegos, y casi tocó los límites de lo maravilloso entre los Romanos, mas nunca podrán decirse propiamente bellos todos sus cantos y sus poemas; porque desconocida de aquellos genios la idea de lo infinito y poco cuidadosos de los fueros de la moral y de la verdad, aun histórica, con sobrada justicia la belleza, que es el "esplendor de lo verdadero," como dice Platón, está muy lejos de brillar en las producciones literarias de aquellos espíritus encerrados en el estrecho círculo de las ideas naturales y humanas, y contentos con solo los pasajeros goces de la materia. Alejada de su imaginación imbuida en ideas falsas y erróneas acerca de la verdadera felicidad y la virtud, la noción de un solo Dios verdadero, que es la belleza por esencia y el supremo regulador de todas las acciones, la ideología por consecuencia en el orden moral no podía menos que ser la expresión de la sensualidad y corrupción de las costumbres deificadas bajo los halagüeños disfraces de la Poesía; mas de ninguna manera la genuina representación de lo sublime y de lo bello; porque, como enseña S. Agustín "falta la elegancia donde no brilla la hermosura de la verdad," base necesaria para el avaloramiento

y justa estimación de las obras del genio, cuyas miras más nobles y levantadas fueran siempre el perfeccionamiento de la inteligencia y la moralización de los afectos de la voluntad, por medio de la enseñanza útil á la par que divertida, al decir de Horacio quien no juzgaba perfecta una obra si en ella no advertía mezclado convenientemente lo útil con lo agradable.

No carecen ciertamente de las mencionadas cualidades los trabajos literarios de los antiguos clásicos: aun hoy el aprendizaje de sus poemas, figurando en el plan de estudios de las aulas más famosas, complace á los cultivadores de las bellas letras instruyéndolos en el conocimiento de los usos y costumbres de los antiguos pueblos, pintándoles con vívidos colores las rivalidades, las guerras y los crímenes del hombre en el trascurso de los tiempos y llevándolos por los áridos campos de la materia, cubiertos con vistosos adornos y galas meramente artificiales y postizas, á la contemplación de lo sublime de las formas, ya que no á los arrobamientos y trasportes de lo infinito. Mas todas estas cosas, por mucho que realcen y engrandezcan la inteligencia de los genios que dieran movimiento y vida á esas deslumbradoras creaciones del ingenio humano, nunca con todas sus grandezas y excelencias podrán opacar los rayos de luz y de belleza artística que á largas distancias arrojan las maravillosas epopeyas y los cantares concebidos y desarrollados al calor de las teorías cristianas. Píndaro y Homero entre los Griegos, Virgilio y Horacio entre los Latinos, que son las figuras culminantes del clasicismo pagano, y los Vates más famosos, á quienes el mundo literario altamente complacido con sus versos no se cansa de aplaudir y recomendar á las generaciones por sus trabajos, como las obras más acabadas y perfectas del espíritu del hombre; nunca

podrán sostener ni la más remota comparación con los arrebatados cánticos de Moisés y de Débora, con los divinos cantares que David formara en sus ensueños misteriosos, para que, á los dulces acordes de su arpa melodiosa, alabaran al Señor Tres veces Santo aquellos veinticuatro coros; y cuyos ecos, resonando aún con armonioso y delicado acento, nos ofrecen un testimonio irrefragable del alto grado de esplendor á que llegara entre los Hebreos, reconocidos como los primeros poetas del mundo, la Musa impulsada y dirigida por el sentimiento religioso, en aquellas épocas lejanas, cuando el verdadero Dios apenas era conocido de aquel puñado de hombres que, viviendo bajo un gobierno exclusivamente divino, representaba á los pueblos cristianos marchando por los caminos de la civilización y verdadero progreso, bajo la acción y poderosa influencia del Cristianismo, que surgiendo de las cumbres ensangrentadas del Calvario como el Sol, derramaría por todos los ámbitos del mundo los benéficos rayos de su luz; cambiaría, con la enseñanza de sus doctrinas esencialmente civilizadoras y progresistas, la faz del Universo, haciendo de todos los hombres un gran pueblo de hermanos, contribuyendo al general desarrollo y perfeccionamiento de las ciencias que más tarde habían de ser la honra y prez de los esfuerzos de la inteligencia humana, purificando las bellas artes de las indecencias y del grosero realismo del espíritu pagano y produciendo bajo todos conceptos una literatura y un arte propios: porque como dice un eminente escritor, «toda religión, en el estado público, crea siempre una literatura y un arte que son su imagen. Mas esto con tan notables ventajas por lo que mira al cristianismo, que á la excelencia y superioridad de sus principios, la Poesía, no obstante que entre las doctrinas ocupa el ínfimo lugar y por su naturaleza de-